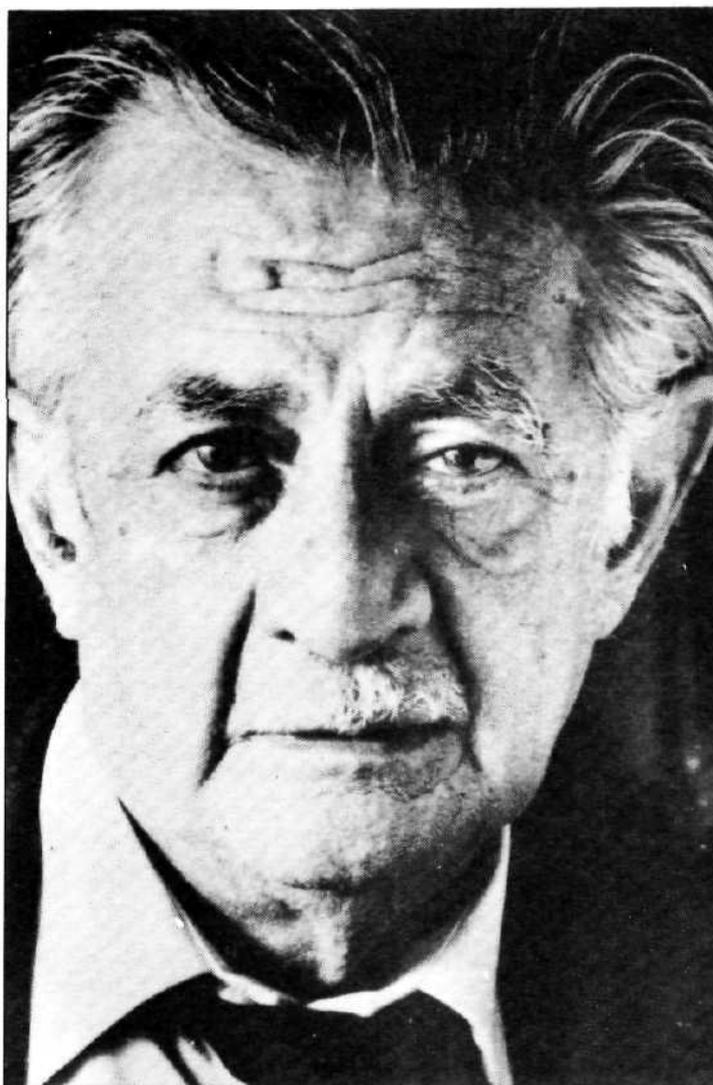


Jorge Millas

ESTA ES UNA ENTREVISTA
INÉDITA AL EX DECANO DE
LA ENTONCES FACULTAD
DE CIENCIAS SOCIALES DE
LA UNIVERSIDAD AUSTRAL
DE CHILE, REALIZADA POR
ALUMNOS DE INGENIERÍA
COMERCIAL EN 1977.



**SI YO FUERA BASTANTE
VANIDOSO COMO PARA
SER MODESTO...**



---¿Cómo definiría usted a Jorge Millas y su obra?

--- Desde luego, no sobra modestia (aunque sí Bravura) a quién se atreve a hablar de sí mismo en público. Peor aún si admite el desafío de definirse. Pudiendo defenderse tan fácilmente con el sentido común que declara por naturaleza indefinibles a los seres humanos, sobre todo a aquellos que valdría la pena definir. Quizás, por no hallarme entre los últimos, el intento sea posible después de todo, aunque en mi caso existe una dificultad adicional: requiriendo las *definiciones conceptos exactos, son pocas las cosas exactas que pueda decir de mí mismo*. Todas constan en mi carnet de identidad y en mis certificaciones de títulos y grados. Sólo escapan tres: mi horror al vacío en el mundo humano, mi pasión libertaria y mi condición de filósofo. Todo lo demás es incierto: fuí de joven un casi-poeta, un casi-político y un casi-abogado. Mi obra ha sido casi-leída y casi-estudiada. En lo afectivo he sido casi-amado, casi-admirado y casi-tolerado, incluso por mi mismo. En lo intelectual soy un casi-rationista que se apega a un casi empirismo, seguro - eso sí, seguro - de que el mundo de las cosas y los hombres es tan complejo, que sólo puede casi-comprenderse.

Únicamente de mi obra, a través de la cual pena sólo el fantasma de mí mismo, puedo hacer afirmaciones más exactas. Mis libros y ensayos son numerosos, pero finitos. Se caracterizan por el esfuerzo de pensar los problemas a partir de la conciencia de que el pensamiento mismo es problemático, y que esa es su única ventaja frente a un mundo que ES, de un modo rotundo... y misterioso. Por lo mismo siempre he aspirado a un pensamiento flexible y claro.

Gran parte de lo escrito por mí está dedicado a pensar la peligrosa experiencia humana de vivir en sociedad y a recomendar algunas precauciones contra nuestra natural antropofagia, disimulada a veces con lindos nombres, como hambre de justicia, sed de infinito y amor a la patria. Como a todo escritor, me preocupa la libertad y nada me gustaría más que ayudar a resolver sus problemas con una buena teoría que pudiera contribuir a corregir la práctica de perderla tontamente cuando se la tiene y de inventar pretextos para no recuperarla cuando se la ha perdido.

Si yo fuera bastante vanidoso como para ser modesto, me atrevería a definirme como "hombre humilde y errante", imitando a alguien que ya una vez lo hizo. Algo de errante y humilde tengo, aunque no tanta humildad ni tanta vagabundería como para encasquetarme esa deseable descripción.

--- *¿Qué hombres admira?*

--- No les voy a decir -como me gustaría- que admiro particularmente a Aristóteles, Cervantes, Galileo, Newton, Beethoven, Lincoln, Gandhi y Soljenitzen. Me cuesta encontrar una respuesta a esa pregunta. Por una parte, la historia ha sido pródiga en figuras ejemplares; por la otra, la ejemplaridad de los grandes nombres, que consiste en exacerbar alguna posibilidad humana, consiste también en anular muchas otras, lo que la hace contradictoria. Napoleón es buen modelo de ello. Pero, además, es diferente admirar a un hombre y admirar su obra. ¿Admiramos realmente a Cervantes cuando admiramos *El Quijote*? ¿Al evangelista, en el Sermón de la Montaña? Hay vidas admirables, personas magníficas, sumidas en el anonimato por no haber engendrado grandes obras o desencadenado grandes acontecimientos. Sócrates, ese admirable majadero, sólo se conoce por la obra de su gran discípulo y el encono de Aristófanes, un resentido. Diógenes, mantuvo su linterna encendida, en busca del hombre cabal. Quizás su error fue moverla entre las celebridades, en lugar de llevarla a la sentina de los esclavos y al escondite de los prófugos.

--- *¿Cuál cree usted que es el rol del estudiante universitario en estos momentos?*

--- El de siempre: no dejarse embaucar. El privilegio de dedicar tantas horas al conocimiento y el ejercicio de la inteligencia y de prepararse para ser más tarde oído y creído como hombre de saber y reflexión, impone ese deber desde la partida. Es, en realidad, el deber de mantenerse libres allí en donde se halla la más segura fortaleza de la libertad: la mente que duda e inquiere, reclamando hechos, razones y valores. Es una fortaleza segura, pero no inexpug-



nable, y eso deben tenerlo presente los jóvenes. También llega allí el asedio de la opresión, bajo la forma de frases hechas, de verdades a medias, de estímulo a las pasiones, de alegorías seductoras, en suma, de ideologías. Los jóvenes son particularmente proclives a rendirse ante ellas, porque se hallan por naturaleza -y en buena hora- dispuestos al entusiasmo, que es la exaltación del ánimo. Pero el ánimo exaltado, que ayuda a obrar, impide a menudo ver y pensar. Ojalá los jóvenes universitarios pudieran aprender el arte difícil de comprender primero y exaltarse después.

Nietzsche escribió una vez: "cuando se es joven, se venera o se desprecia sin ese arte del matiz que constituye el mejor beneficio de la vida, y se considera justo pagar caro por no haber sabido oponerse a los hombres y a las cosas más que con un sí y un no... La inclinación a la cólera o a la veneración, que es propia de la juventud, no parece darse reposo hasta no haber desnaturalizado a las cosas y a los hombres para poder desahogarse".

En cierto sentido, ser joven es aprender a dejar de serlo, sobre todo en la Universidad, en donde se han de preservar las menos pueriles de las capacidades humanas: la reflexión y la ciencia.

El joven tiene el deber de cumplir este sino de su edad, pero, con ello, tiene también el derecho de reclamar de los adultos las condiciones para cumplirlos. El de la educación es la forma más general de este derecho. Su expresión concreta es el de una educación auténtica que les asegure, junto con la libre observación, la libre reflexión y la libre experiencia, la libre expresión de la duda y la esperanza. Lo cual conlleva también no sólo la franquía de que gocen para convenir o disentir, sino además, la protección contra la explotación política, es decir, contra el control partidario que los adultos vienen considerando hace tiempo (antes y ahora) legítimo hacer desde fuera, movilizándolo el entusiasmo de los jóvenes en servicio de sus luchas por el poder.

Por supuesto estas generalidades plantean serios problemas concretos en la práctica y, sobretudo, en las Universidades, en donde conviven jóvenes que comienzan a serlo y jóvenes que son ya casi adultos. Más serios se hacen aún los problemas al considerar la frontera fluctuante entre lo que son las consignas e ideologías del poder político propiamente tal y los principios de la simple racionalidad.

dad y el bien mínimo reclamados por la convivencia moral de los hombres en sociedad, por ejemplo, la libertad y la seguridad de las personas frente al Estado. Yo no sustraigo a los jóvenes de estas preocupaciones y pienso que si de veras los dejamos en el uso de la libre reflexión, los exponemos a la inevitable conciencia de la situación de tales valores en el mundo y en su país. Pero estos problemas para mí se resuelven, dentro de la Universidad, a base de la buena fe y el sentido común. Si en la Universidad dudamos de tales cosas... bueno... "lasciate ogni speranza voi ch'entrate".

--- *¿Usted ve alguna diferencia entre los jóvenes de antes y después de 1973?*

--- Mi respuesta a estas preguntas comenzó ya con la anterior, y puede ser breve. Entiendo, naturalmente que la expresión "los jóvenes antes de 1973" se refiere a los años que precedieron inmediatamente, digamos, desde 1960 -poco más, poco menos- a ese año de dolor. Yo fui un crítico bastante terco de lo que en esos años ocurría en las Universidades. A los jóvenes se les había convencido, con doctrina y acción, que debían vivir exacerbados y que era un primer deber suyo la lucha política. En esta misma Universidad dijo una vez un joven dirigente, con arrebatos que a mí me pareció demoníaco, que el fin de las acciones que él encabezaba era "destruir la Universidad", porque ahí comenzaba la demolición de la sociedad capitalista y la reconstrucción de la Sociedad nueva, la sociedad que él y los suyos, por su puesto, concebían y querían. Las premisas y la lógica de este argumento no resisten el análisis, pero eran unas premisas y una lógica al uso, que se imponían ideológicamente con facilidad en el estado de frenesí que las Universidades y la sociedad chilena habían permitido desencadenarse.

Como ustedes comprenden, en una atmósfera así de calenturienta, no se puede ser libre; son incompatibles la libertad y la irresponsabilidad.

¿Y los jóvenes de hoy? ¿Son más libres porque ese estado de enajenación haya hecho crisis y se haya caído en un estado de sopor? No lo creo, ante el arrebatos y la convicción de que en la Universidad todo es posible, porque se halla "comprometida", como el

desánimo y el temor de que sólo sea posible lo que no "comprometa", son igualmente funestos para que los jóvenes aprovechen su privilegiada edad en formarse de verdad y en contribuir, con su estado de ánimo, a la salud colectiva. En buenas cuentas, y en resumen, se trata de que los universitarios no sean ni manipulados por la ideología ni embotados por la autoridad. Los jóvenes anteriores a 1973 tendieron a expresarse irresponsablemente. Los de hoy se expresan limitadísimo. Aquellos convirtieron la libertad en un juego; para éstos, es muchas veces una experiencia de simulación y temor. Ninguno de esos extremos es realmente bueno.

El consejo sólo puede ser uno: defender la semilla plantada en sus almas; defenderla de sí mismos, en primer lugar, porque la libertad del individuo se encuentra en él mismo -sus pasiones, sus temores, su indolencia- su primer enemigo; y defenderla de los otros, que subrepticia o explícitamente intentan desnaturalizarla o conculcarla.

--- Nos podría decir qué alcance tiene el planteamiento de que los alumnos elijan sus representantes

--- Por lo pronto, un alcance lógico: si representar es tomar el lugar de otro para un efecto específico, el representante sólo puede obrar por cuenta de su representado y autorizado por él, a menos que éste sea un infante o un interdicto. La base de la representación auténtica se halla, pues, en el respeto y la confianza. Allí donde éstas no existan podrá haber intermediarios, pero no representantes.

Pero estas ideas triviales son sólo un trasfondo de principios sobre las que deseo responder la pregunta de ustedes. El asunto es un poco más complejo y toca a graves problemas que afectan a la democracia en el mundo y, por supuesto, en Chile. Dentro de los límites que impone una entrevista, sólo podremos referirnos periféricamente a la cuestión.

La representación es un sistema que en la democracia resuelve dos problemas prácticos: a) la imposibilidad de que en el estudio cotidiano de los problemas, las discusiones y resoluciones concretas, la administración y el gobierno, puedan participar, siendo numerosos, los afectados; b) la conveniencia de que tales actividades sean atendidas por los más idóneos, en algún sentido que se consi-

dere significativo: ascendente moral o intelectual, eficiencia, experiencia, conocimiento, etc.

Pero este esquema tan simple hay que verlo con realismo, para no ser simplista. En el hecho, las cosas se complican mucho, dando graves problemas para la democracia. Sólo quiero referirme a uno, y es éste: los representantes suelen no desempeñarse dentro de los límites expresos o razonablemente implícitos de su mandato y ponen su acción al servicio, no de quienes lo eligieron, sino de sus propios negocios de poder o de organización ideológicas a las cuales se sienten más ligados. La representación se convierte, así, en una mera relación formal y de hecho pierde su esencial componente de representatividad.

Por consiguiente, en el hecho, la práctica de la representación democrática suele ser incongruente con la elemental, pero básica teoría anteriormente señalada. Lo cual es bueno tenerlo presente a propósito de los representantes estudiantiles. Que sus compañeros los elijan es una cosa, pero que sean auténticos representantes, sin lealtad dividida, es otra. Cuanto se haga en este sentido -y en verdad no es fácil decir QUE y COMO hacerlo- es poco.

--- *¿Cuál es el papel de la Ciencias Sociales en la UACH y la región?*

--- No encuentro mejor manera de definir ese papel que reproducir aquí las expresiones pertinentes de un documento de trabajo que en estos días se va a someter al estudio de nuestro Consejo de Facultad.

La Facultad debe tender a cumplir satisfactoriamente la triple función que derive de los objetivos generales de la Universidad y de los fines que se tuvieron en vista al crearla:

- a) Desarrollar dentro del campo general de las disciplinas académicas, los estudios de Ciencias Sociales en la perspectiva de integración filosófica, sociológica, económica, jurídica e histórica que les es propia. Este desarrollo supone, naturalmente, la docencia básica, la docencia profesional, la investigación y la extensión.
- b) Prestar el apoyo que la Ciencias Sociales deben a los otros programas profesionales de la Universidad, particularmente en lo que concierne a los objetivos regionales de la Corporación. Los esfuer-

zos tendientes a fortalecer las áreas de los estudios sociológicos, económicos y jurídicos son, en este sentido, particularmente relevantes.

c) Brindar el apoyo irremplazable con que nuestra Facultad se encuentra en condiciones de contribuir al programa básico de Educación General que reclaman hoy la Educación Superior y los complejos problemas humanos del mundo actual.

d) Cumplir, dentro de un campo propio, con el objetivo universitario particular, señalado en la letra c, art. 2do. de los Estatutos, y relativo "el conocimiento y preservación del patrimonio histórico y desarrollo cultural del sur de Chile".